

LÁGRIMAS DE COCODRILO

CHARLA INSUSTANCIAL

Empecemos por enviar un aplauso á nuestros vecinos, que han sabido implantar en pocas horas una República vigorosa y con todos los caracteres de vitalidad necesarios para que se pueda confiar en su permanencia y con todos los signos de honradez que pudieran desearse para augurarle prosperidad y gloria.

Portugal tiene un pueblo noble, patriota y sensato, dirigido por hombres que profesan las doctrinas que predicán, que ajustan su vida á sus principios y que saben sacrificar intereses y pasiones en aras de la patria. ¡Felices ellos!

Cuando triunfa de un modo tan brillante la voluntad de un pueblo, encauzada y dirigida por hombres de conducta intachable, de honradez inmaculada y de conciencia limpia, las simpatías universales acompañan á la nación que tiene tales hombres, que ven coronada su labor por la prosperidad que sabrán dar á su patria y por el

agradecimiento con que sus hermanos sabrán premiar sus esfuerzos. ¡Felices los portugueses, que tienen cabezas y corazones en las alturas y debajo de ellas!

De la revolución portuguesa surge para nosotros un peligro en el que hay que pensar á tiempo.

La emigración frailuna de Francia hizo llover sobre nosotros un chaparrón de frailes y monjas que estuvo á punto de ahogarnos y ahora nos amenaza otro turbión contra el que es preciso prevenirnos, porque los portugueses, que han demostrado saber cómo se hacen las cosas, expulsan de allá á cuantos vivían con de en por sin sobre y tras los hábitos monacales, y éstos pretenderán caer sobre España, lo cual vendría á ser para nosotros como un compendio y resumen de todas las plagas conocidas y hasta desconocidas fuera de España.

Es de temer que la ley del candado resulte poco paraguas para semejante aguacero y es preciso que se complete ese candado con cerraduras, cerrojos, barras y cuantos aparatos existan para que esa nube vaya á descargar en otro lado y esos frailes no entren por nuestras puertas y vayan á descargar á otra parte.

¡Medidas sanitarias, señor Canalejas!

Ya sabíamos cómo las gastan esos señores; pero si no lo sabían algunos ya lo habrán visto en los relatos de los sucesos de Lisboa anteriores y posteriores á la proclamación de la República.

Ello es que el Gobierno portugués los echa de allí y que, como en ninguna parte los quieren, tratarán de meterse en España para aumentar la masa... productora, y eso hay que evitarlo.

¡Mal por mal, preferible es el cólera!

Dicen que un periódico radical ha calificado á los revolucionarios del vecino reino de lerrou-xistas portugueses.

—Esto es un derroche de buen humor — dirán Vinaixa ó Lladó, guiñando el ojo al retrato de don Emiliano.

Lo que no sabemos lo que dirían, aunque fácilmente podemos suponerlo, son los heroicos lusitanos, que no han pensado, ni por un momento, en asaltar los conventos para hacer madres á las vírgenes si por casualidad tropezaban con alguna.

Cepos quedos, señores lerrouxistas; cuenten vuestras mercedes su historia como deben, que ya saben que toda comparación es enojosa y, así, no hay por qué comparar á nadie con nadie. Una cosa es promover disturbios y otra hacer revoluciones; lo segundo puede salvar á un pueblo;



Son sus distintivos
las bombas y el rabo;

quitadles las unas
y el otro cortado.



Manifestación organizada por los dependientes de carbonería de esta ciudad en honor de su compañero Ramón Clemente García, que fué fusilado en los fosos de Montjuich.

pero con lo primero, si se consigue algo, es acabarlo de hundir, y basta de mezclar revolucionarios portugueses con revolucionarios españoles, que rabian de verse juntos.

Y vaya una noticia que, aunque no sea oficial, ni acaso de buen origen, yo la tengo por absolutamente cierta:

En algunos conventos españoles se han hecho reparaciones y se ha adquirido mobiliario nuevo para dar hospedaje á gentes cuya llegada se espera.

Y unas preguntas para concluir:

¿Hay que solicitar permiso para construir subterráneos? ¿Hay que dar cuenta de ello cuando se han construido?

Por último:

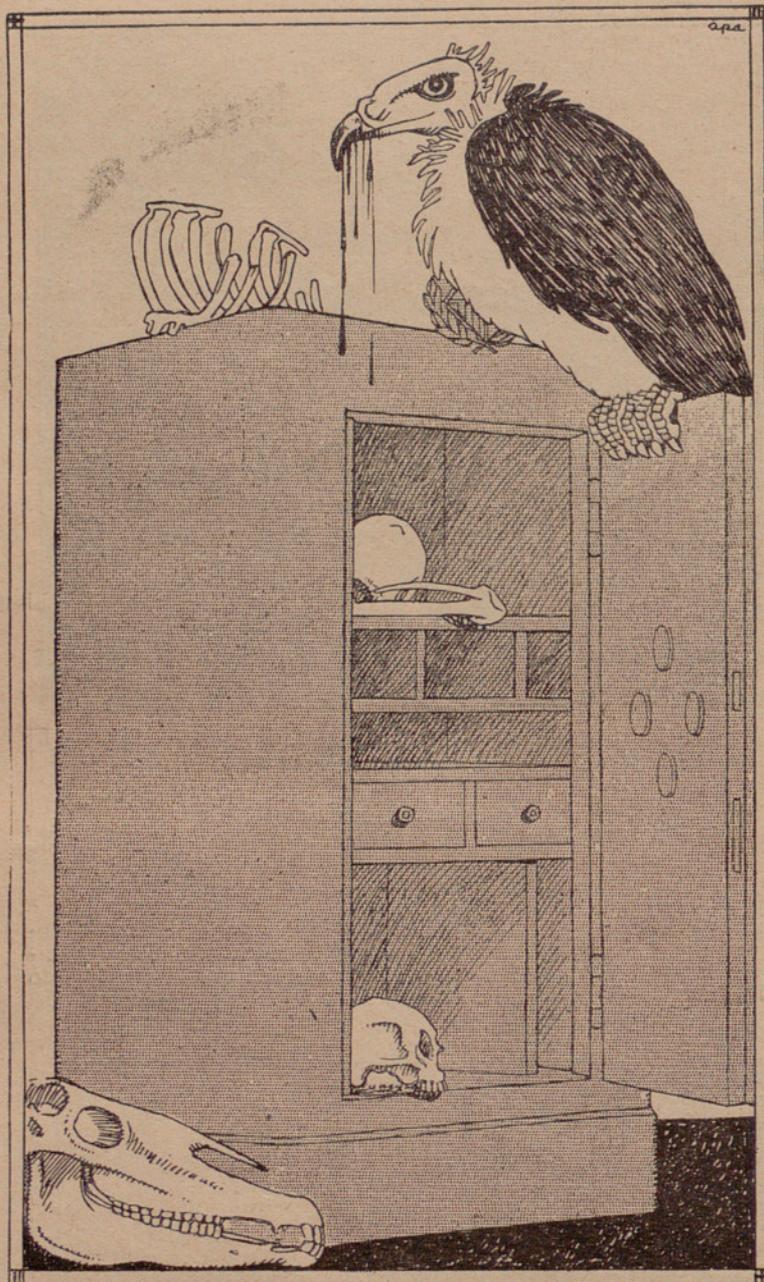
Si hubiera sospechas de que existiesen subterráneos de los que la autoridad no tuviese conocimiento, ¿hay quien pueda hacer un reconocimiento para ver si existen ó no?

SOLFANELLO.



La comitiva en las cercanías de la Necrópolis del Sudoeste.

MONÓLOGO DE ACTUALIDAD



Si no acudimos á tiempo
este será nuestro estado:

¡Una caja muy vacía
y unos huesos muy pelados!

Esto se pone muy malo;
lo de Portugal se agrava
y, como cunda el ejemplo,
tendremos que tocar marcha.

Habrá que tener pedido
el billete para Francia,
que siempre fué en estos casos
una tierra hospitalaria.

¡Cuerno con los portugueses!
¡Demonio cómo las gastan!
¡Veo que allí hay más coraje
que el que se estila en España!

Según leo en los papeles,
las cosas están muy malas,
y mi pueblo, aunque pacífico,
no puede más y se cansa.

Cobían le saca los cuartos,
si no á buenas, con tenazas,
y son muchos los que cobran
y muy pocos los que pagan.

El pan está por las nubes,
la carne mucho más alta
y son pocos los que comen
y muchos los que trabajan.

La gente empieza á cansarse
de Canalejas y Maura,
que son los que mangonean
en esta bendita España.

La anarquía es lo que impera,
el hambre nos amenaza
y lo que viene es el caos
si un milagro no nos salva.

Emigra el pueblo y se atreve
á cruzar la inmensa charca,
á ver si encuentra en América
el pan que aquí le hace falta.

Los Gobiernos son muy malos;
durante el tiempo que mandan
no hacen más que á sus amigos
crearles momios y gangas.

Nuevamente se acercan
las cuestiones africanas,
y esto tal vez dé motivo
á nueva semana trágica...

Los moros se envalentonan
y se dispone la jarca
para darnos un disgusto
que á ningunc le hará gracia.

Esto se pone muy feo
y tendré que estar en guardia,
no sea que aquí suceda
alguna portuguesa...

(Se asoma al balcón y contempla el horizonte.)

¡Qué mañana más hermosa!
¡Casi me están dando ganas!...

Pero ¿qué dirá la gente?
¡Porque aquí de todo se habla!
¡Cómo saltan las perdices!

¡Y los conejos!... ¡Y es lástima!...
¡Chico, dame la escopeta
porque me marcho de caza!...

MANUEL SORIANO.

UN HOMBRE RAZONABLE

Monólogo trasplantado de Francia á España

ESCENA ÚNICA

EL HOMBRE RAZONABLE

(Entra por la puerta del centro y al dejar encima del velador su sombrero hongo repara en la carta, y mirando el sobre dice:) ¡Una carta!
¡Letra de mi mujer!

(Leyendo.) «Señor don Prudencio López.—Urgente.»

¡No hay remedio! ¡En todo ha de ser exagerada!
¿A qué escribirme viviendo como vive en este mismo cuarto, en mi compañía?

Lo que aquí escribe ¿no podía haberlo dicho de palabra esta noche, que hasta la madrugada hemos estado charlando?

¡Quién sabe lo que era esa criatura que huía sin dejar ningún rastro! ¿Sería un Mozart, un Beethoven? ¡Quién puede saberlo y quién podrá contradecirme si afirmo que con ese hombre sucumbió un artista que hubiera maravillado al Universo con sus obras, si no hubiese muerto de hambre. ¿Quién podría probarme lo contrario?

Ninguno de los que le acompañaron á su última morada pensó en sostener esta tesis; verdad es que no eran más que dos: un pintor y un filólogo. Los demás todos faltaron, unos por un motivo, otros por otro. Al llegar al cementerio nos fijamos en un hermoso perro que se acercó á olfatear el ataúd. Reconocí al animal, miré á mi alrededor y percibí al altivo inglés montado á caballo, que miraba sin comprender aquella escena, se apeó y, dando el caballo á un criado, se unió á nosotros.

— Señor, ¿á quién entierran ustedes? — me dijo.

— Al dueño de vuestro perro.

— ¡Godídam! Me es muy desagradable que este señor haya muerto sin recibir el precio de su perro. Lo he buscado por todo París inútilmente para entregarle su dinero, á pesar de que este animalito no deja de aullar siempre que hago mis ejercicios musicales; pero, en fin, yo repararé en lo posible el perjuicio ocasionado haciendo colocar una lápida sobre la sepultura del *honorable gentleman*.

Luego montó á caballo y fué, mientras su perro olfateaba la fosa con una triste curiosidad.

Sólo me falta ejecutar su testamento. Publicaré, bajo el título de *Caprichos estéticos de un músico*, el diario del difunto, por el cual un editor ha prometido dar una buena suma, teniendo en cuenta el destino honroso de este dinero. En cuanto á las partituras que componen el resto de sus bienes, están á la disposición de los señores directores de ópera, los cuales pueden dirigirse por carta sin franquear al ejecutor testamentario.

cumplido del todo mi palabra. Ser célebre en un año me fué imposible, aun con la mejor voluntad del mundo. Además, no tengo la culpa si al cabo de ese año no te escribí, según te había prometido, para que vinieras á verme morir; no pude conseguirlo en el plazo señalado, á pesar de mis esfuerzos... ¡Oh, no llores; hubo un tiempo en el que te rogaba que no te rieras! Quise hablar; pero me faltaron alientos.

— Déjame continuar — me dijo el moribundo —; no me cuesta ningún trabajo y debo contarte una historia bastante larga. Sé que mañana no existiré y te ruego que me escuches. La relación de mi vida en este último año es bien sencilla, demasiado sencilla; no hay en ella complicaciones extrañas, ni grandes peripecias, ni siquiera detalles pretenciosos; oye. Es necesario que te explique cómo sucumbió mi fe entusiasta; no creas que se hizo pedazos contra escarpados escollos. ¡Dichoso el náutico que perece en la tempestad! No; mi fe sucumbió en el barro, en el légame. Un horrible pantano rodea á esos brillantes y suntuosos templos del Arte hacia los cuales nosotros, pobres insensatos, marchamos en peregrinación, con un fervor tan grande como si en ellos hubiésemos de salvar nuestra alma. ¡Dichoso el peregrino que va con poco equipaje; sólo un salto le basta para franquear el lodazal! ¡Feliz el rico ambicioso! Su caballo sólo necesita una presión de las espuelas de oro para transportar á su afortunado dueño al otro lado. ¡Ay del desdichado entusiasta que, tomando ese lozazal por un prado florido, se zambulle en él sin esperanza de salida, convirtiéndose en horrible pasto de ranas y sapos. ¡Mira cómo me ha puesto esta infama plaga, mira cómo me ha roído, no tengo una sola gota de sangre!

Debo decirte lo que me ha sucedido. Después de todo, ¿para qué? Ya ves que me muero. Basta saber que no he sido aplastado en el campo de batalla, sino que he muerto, y, horrible es decirlo, he muerto de hambre, haciendo antesalas. No ignoras que hay en París muchas de esas habitaciones y que en ellas he soñado durante un año, ¡un hermoso año de mi vida! He soñado mucho, fantasías locas ó fabulosas, sueños de *Las mil y una noches*: con hombres, con animales, con oro, con inmundicias. Soñé con contrabajos y con dioses, con brillantes tabaqueras y con primeras tipleres; con piezas de cinco francos y con coristas. En medio de mis sueños me pa-

IV.

recía oír de vez en cuando el sonido p añidero é inspirado de un oboe. Este sonido penetraba en mis nervios y desgarraba mi corazón. Un día soñé — fué un sueño desordenado — ¡ el sonido de que te hablo me había como visto tan dolorosamente, que me desperté de pronto y encontré que me había vuelto loco. Recuerdo que olvidé de hacer mi acostumbrada reverencia al portero de la antesala y que esta fué la razón, dicho sea de paso, por lo que no volví, pues no me hubiera vuelto á recibir.

Abandoné, como te digo, el asilo de mis ensueños, y al franquear la puerta de mi casa caí al suelo; había tropezado con mi pobre perro, que, según su costumbre, me esperaba en la calle. He de advertirte que el pobre animal me era muy útil, pues por su hermosura me ganaba alguna mirada benévola y complaciente del portero de marras. Desgraciadamente, cada día perdía algo de su belleza, porque el hambre hacía horribles estragos en sus entrañas. Esto, como compondrás, me causaba las más grandes inquietudes.

Te he dicho que caí al suelo al tropezar con mi perro, é ignoro el tiempo que allí estuve y cuántos fueron los puntapiés que recibí de los transeúntes: al fin me despertaron las tiernas caricias de la lengua del pobre animal; me levanté de pronto y comprendí que mi obligación era saciar su hambre.

Un trapero inteligente me dió algunos céntimos por un chaleco, mi perro comió y yo devoré los restos que le plugo dejarme. El quedó satisfecho, pero yo no pude satisfacerme.

El producto de una reliquia, una antigua sortija de mi abuela, bastó para devolver á mi perro su antigua belleza y esplendor. Brilló de nuevo con todo el resplandor de su hermosura. ¡Oh, belleza fatal!

El estado de mi cabeza era deplorable; no sé lo que pasaba por mí; así es que un día, sin saber por qué, quise ver al diablo. Mi perro me acompañaba y héteme aquí en los cuartos Musard. Me puse á examinar á la gente que entraba, y á quién dirás que ví entre la muchedumbre? Pues al abominable inglés, el mismo en carne y hueso. No había cambiado y se me apareció igual que el día en que me hizo aquella horrible jugarreta con Beethoven. (1)

(1) Se refiere á su otra novela titulada *Una visita á Beethoven*, (N. del T.)

— Ahora — replicó después de una pequeña pausa —, oye la última palabra sobre mis creencias;

Creo en Dios, en Beethoven y en Mozart, en sus discípulos y apóstoles; creo en el Espíritu Santo y en la verdad del arte, uno é indivisible; creo que este arte procede de Dios y vive en el corazón de todos los hombres iluminados; creo que el que ha gustado una sola vez los sublimes goces de este arte es devoto suyo para siempre; creo que se puede ser dichoso por este arte y que, por lo tanto, á cualquier precio le es permitido morir de hambre reconociéndolo; creo que la muerte me dará la suprema dicha; creo que era sobre la tierra un acorde disonante que va á encontrar en la muerte una pura y magnífica resolución; creo en un juicio final, en el que serían condenados todos los que en la tierra han hecho industria, mercancia y usura de este arte sublime, todos los que le proclaman y deshonran por maldad de corazón y grosera sensualidad; creo que estos seres inmundos serían condenados á oír eternamente su propia música, y creo, por el contrario, que los fieles discípulos del arte sublime serán glorificados en un lugar celeste, lleno del resplandor de todos los soles y en medio de los perfumes y acordes más perfectos, y reunidos en la eternidad, fuente divina de toda armonía. ¡Quiera la suerte que yo pueda ser de los elegidos!

Amén.

Creí por un momento que su plegaria había sido oída; tanto resplandecía su mirada con una luz celeste. Vivamente emocionado, me incliné para ver si aún pertenecía al mundo de los vivos. Su respiración débil y entrecortada me demostró que sí. Murmuró con voz débil las siguientes palabras, casi ininteligibles, que fueron las últimas:

— ¡Regocijáos, creyentes: los goces que os esperan son grandes!

Luego calló; su mirada se apagó y una sonrisa llena de dulzura iluminó su pálido rostro.

Le cerré los ojos y regué á Dios que me concediera una muerte semejante á la suya.

Es decir, yo no he despegado los labios; ella lo ha dicho todo, todo, hasta que el sueño le ha cerrado la boca.

(Mirando el sobre.) «Urgente, urgente.»

¡Urgente para él! como decía el general O'Donnell, que, por lo visto, entre las innumerables cartas que recibió en su vida no encontró una sola que fuera urgente para él; la urgencia era siempre del que escribía la carta.

Y por esto el general O'Donnell, que, según cuentan, tenía la costumbre de abrir en persona todas las cartas que recibía, dejaba para el día siguiente las que en el sobre venía estampado el urgente, y al separarlas de las demás murmuraba entre dientes:

¿Urgente? ¡para él! ¿Urgente? ¡para él! ¿Urgente? ¡para él!

¡Imitemos al general O'Donnell!

(Guarda la carta en el bolsillo.) ¡La leeré después!

El que hace caso de las mujeres ya está fresco.

¡Siguieran todos mi ejemplo!...

(Con indiferencia.) Yo sí que...

(Animándose.) ¡Gustarme ya me gustan! ¡Mucho me gustan!

¡Mucho, mucho, no señor! ¡Me gustan!

¡No exageremos!

¡Me gustan, como gustan, por lo general, á todos los hombres!

No soy de los que á todas horas...

(Con entusiasmo.) ¡Oh, las mujeres, las mujeres!

(Con naturalidad.) Ni soy tampoco de los que...

(Con desprecio.) ¡Psé! ¡Las mujeres! ¡Nada me carga tanto como la gente exagerada!

(Pausa.)

¡No! ¡No es verdad!

La gente exagerada me carga, pero hay en este mundo muchísimas otras cosas que me mortifican más que los exagerados.

¡Ya lo creo!

Con mi carácter, si fuera esto lo que más me molestara, viviría muy poco; son muy raros los hombres que, como yo, ponen las cosas en su punto.

¡Y mi mujer no sabe apreciar esta cualidad que tanto me distingue!

Al contrario; esta es la causa de la mayor parte de nuestras discusiones cotidianas.

Sin ir más lejos, hoy me ha sermoneado porque ayer me compré un sombrero.

¿Podía hacer otra cosa?

Al regresar de El Escorial asomé distraído la cabeza por una de las ventanillas del vagón y se me cayó el sombrero, porque hacía un viento atroz.

¡Es decir, atroz! ¡No exageremos, el viento necesario para arrebatar un sombrero!

En mi departamento había tres caballeros y ninguno de los tres hizo lo que debía. El de enfrente permaneció largo rato asomado, dando voces para que los guardas de la línea recogieran mi sombrero. Pero ¡qué manera de gritar! ¡Y todo por un sombrero que no le pertenecía!

El que estaba á su lado se destornilló de risa hasta nuestra llegada á Madrid.

Y tan disparado, que tal vez á estas horas continúa riendo.

¿Cómo no revienta!

Y el serrote que ocupaba el rincón opuesto al mío ni siquiera se dignó volver la cara.

¡Tres personas, tres exagerados!

¿Qué necesidad tenía de dar voces por un sombrero que no le pertenecía?

¿Y por qué se reía el otro?

Y el tonto aquel, ¿por qué había de poner la cara tan seria?

Yo, cuando veo caer un sombrero, ni grito, ni me río; pongo cara de guardia civil retirado.

Y mi mujer hasta me ha llamado imbecil porque al llegar á Madrid no he teleografiado á El Escorial.

¡Por un sombrero! Si me hubiera caído el reloj, ó un amigo ó algún hijo.

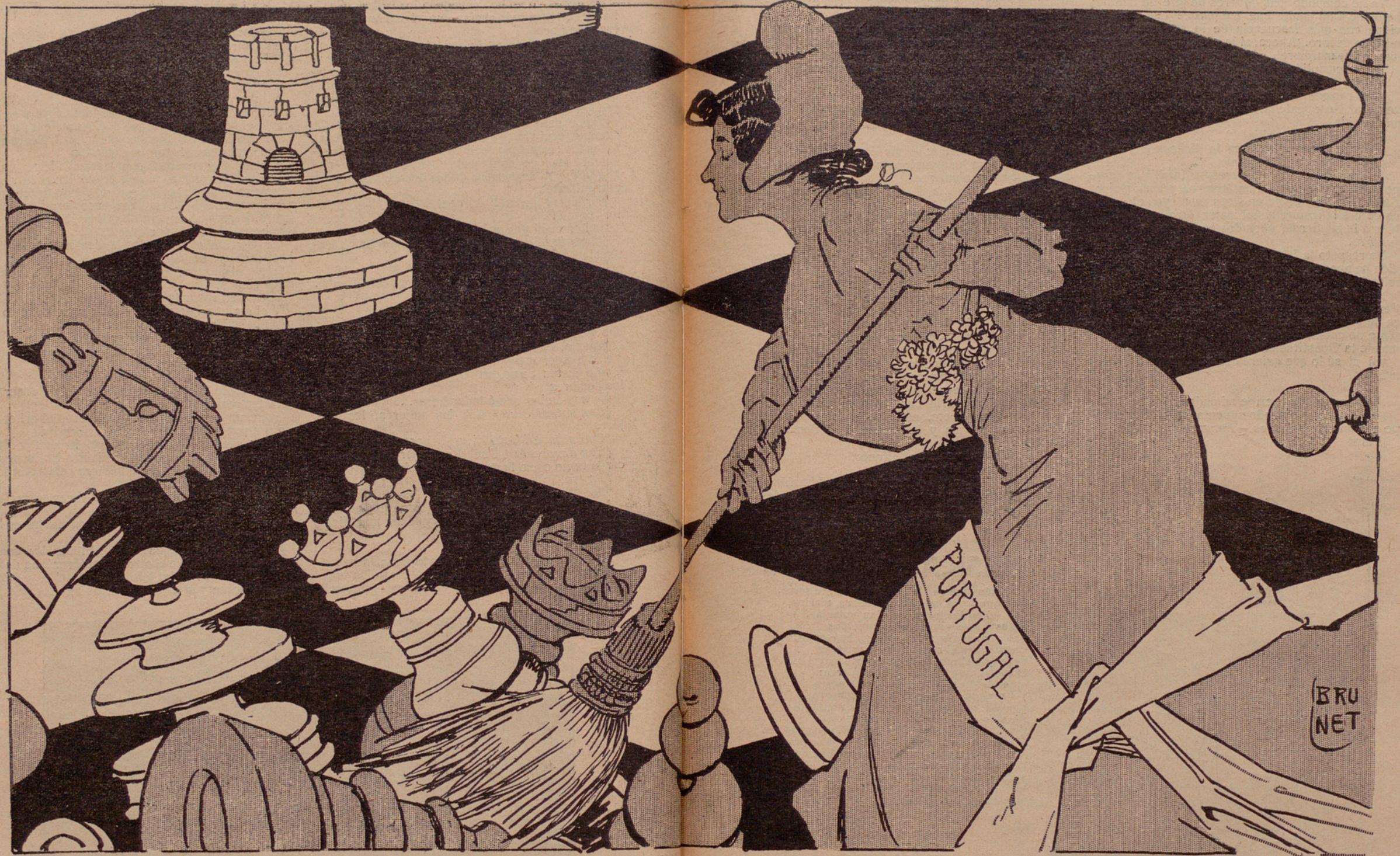
¡Y que no ha habido medio de hacer entrar en razón á mi señora esposa!

Y hasta me ha llamado tonto porque he comprado otro sombrero.

¿Es por ventura algún delito el tener dos sombreros? Yo creo que el otro lo recobraré; he dado aviso al conductor y al jefe de la estación y á todos los mozos y al expendedor de billetes. ¡Si el



Banquete dado en obsequio al popular y valiente banderillero *Metralla* por sus amigos, con motivo de su viaje á Montevideo.



—SE ACABA EL JUEGO!

sombrero parece me lo guardarán! He hecho ya todo lo que debía; si está de Dios que yo recobre mi sombrero, lo recobraré; ¡ya he cumplido!
 ¿Había de poner anuncios en los periódicos?
 ¡Por un sombrero!

Y no puedo conseguir que mi mujer reconozca que es exagerada. ¡Aunque la maten! En hablándole de estas exageraciones ó de las visitas de su primo Carlos, le dan en seguida ataques de ner-

vios. Ataques con coscorrónes para todos los que están á su lado durante la sesión. ¡Sólo respeta á su primo! ¡Y vaya otro exagerado este dichoso primo! Antes apenas se le veía el pelo y ahora se pasa aquí todo el día.

¡Es decir, todo el día! ¡No exageremos!
 Viene una vez por la mañana y otra por la tarde; total, pasa aquí seis ó siete horas.
 Celoso no lo soy, porque en nada quiero ser exagerado; tengo confianza en mi mujer y... no la tengo

Ya he cumplido mis deberes de jefe de familia; he dicho á mi mujer que me parece que Carlitos viene ¡con más frecuencia de lo que conviene á nuestro decoro. ¡Ahora, si la vecindad quiere murmurar que murmure!

¡Ya he cumplido!

(Como contestando al público.)

¡Qué remedio queda! ¿Me he de divorciar por ventura? No es este motivo bastante para destruir una familia.

¡La familia! ¡La familia!

Siempre tienen en la boca la dichosa familia.

¿Qué quiere decir familia?

Algunas veces esta cacareada familia se compone de dos personas: un hombre y una mujer. Sin ir más lejos, aquí en, esta casa; yo solo, soy un cerro á la izquierda; mi mujer otro cerro, también á la izquierda, y los dos juntos ya somos la familia.

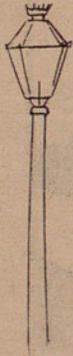
Yo respeto la familia, la... propiedad, la... religión de nuestros mayores, la... integridad del territorio.

¡Sí, señor! ¡Hasta la integridad del territorio! Pero esto de coger un fusil y exponer la vida para defender la integridad del territorio, no, señor, ¡que no cuenten conmigo para nada mande lo que mande la Constitución!

¡Si ni sé lo que quiere decir integridad del territorio!

¡Veamos lo que escribe mi mujer!
(Leyendo.) «No puedo aguantar más. Me escapo con mi primo Carlos.—Pura.»

¡Pura!



—La seguirás; pero estas trabas dificultan tanto...
y son tan ocasionadas á una caída!

¡Es un cuento de nunca acabar! ¡Tres exageraciones!

(Vuelve á leer.) «No puedo aguantar más.» No es verdad que á mí no se me pueda aguantar; yo aguanto hasta á los que no piensan como yo.

¿No he aguantado hasta ahora á Carlitos?

«¡Me escapo con mi primo Carlos!» ¡Me escapo!

¿Qué trabajo le costaba decir me ausento, en lugar de me escapo?

Tercera exageración: darme la noticia por escrito. ¿No podía habérmelo anunciado esta mañana á la hora del almuerzo?

¡Bendito sea Dios!

Algunos maridos en mi lugar darían publicidades y hasta enseñarían la carta al gobernador de la provincia.

Otros se encogerían de hombros y permanecerían con los brazos cruzados. (Formalizándose.)

¡Para esto es preciso no tener vergüenza!

¡Yo en nada soy exagerado!

Yo buscaré á mi mujer; yo la encontraré, le hablaré de la familia, de la prosperidad, de la integridad del hogar doméstico, de su juramento al pie de los altares, del buen nombre de los hijos... que podríamos haber tenido, de la mala reputación y peores costumbres de su primo Carlos, de su falta de recursos, de las comodidades de que yo podré rodearla cuando haya fallecido mi tío y sus sobrinos, etc., etc.; yo la convenceré y le abriré los brazos y la conduciré al domicilio conyugal.

¡El llanto sobre el difunto!

¡Manos á la obra!

(Recoge el sombrero y el bastón.)

Pero quiero ir antes á la estación del Norte á recoger mi sombrero.

ALBERTO LLANAS.

MÚSICA CELESTIAL

¿Quién dice que los neos son gente seria, más que seria, sombría, fúnebre, tétrica, que, como las lechuzas y las cornejas, á gusto sólo viven en las tinieblas, que risas y alegrías odian y ahuyentan, imponiendo el reinado de la tristeza para que el mundo todo se entenebrezca? Dígalo quien lo diga, nadie lo crea; quien lo dice no sabe lo que se pesca y á ninguno le asombre ni le sorprenda que así, rotundamente, yo lo desmienta, pues no ve del sectario la saña ciega que dan de lo contrario constantes pruebas. Ved si no sus periódicos, sus hojas sueltas, donde nos muestran siempre sus dos orejas y donde nos dedican sus anatemas y sus excomuniones y sus coplejas, lo que prueba á diario que, si se empeñan, pueden cantar farrucas y peteneras.

¡Viva María,
viva el rosario,
viva Santo Domingo,
que lo ha fundado!

Forma esta copla parte de una protesta que en Jerez celebrará la gente nea y no habrá quien me niegue que es cosa buena y parece un cantable de... Canalejas. Hoy la musa cristiana (borremos esta palabra, que es impropia) la *loyolesca* no inspira hermosos cantos, tiernas endechas,

falta de fidelidad. También quiero que mi historia se publique para que sirva de ejemplo á los locos que se me parecen; y, por último, deseo un entierro humilde, pocas personas de acompañamiento (en el libro verás las señas) y que entre ellas y tú sufraguéis los gastos que ocasione mi último viaje.



Sobrecogido de terror y comprendiendo que tendría fuerzas para conocer al demonio del otro mundo, pero no á este fantasma de nuestro planeta, quise huir, pero me fué imposible. Creí morirme cuando me reconoció. La muchedumbre nos empujaba el uno hacia el otro, y, contra su costumbre y la de sus compatriotas, y bien á pesar mío, vino á arrojar-se entre mis brazos, que yo había abierto para abrirme paso. Fué un momento terrible; al fin nos separamos.

—Bien venido, mi querido señor—exclamó—; ¡qué alegría la mía al encontraros siempre en el camino del arte! ¡Vamos, vamos á ver á Musard!

—¡Al diablo!—le contesté lleno de rabia.

—¡Ah, sí, debe de ser realmente diabólico! He terminado una composición el domingo y vengo á ofrecérsela á Musard. ¿Le conocéis? ¿Queréis presentármelo?

Mi terror se cambió en una angustia sin nombre. Excitado como estaba, pude desasirme de él y huir hacia el boulevard. Mi perro me seguía ladrando. En un abrir y cerrar de ojos el inglés me abrazó y me dijo con acento exaltado:

—Señor, ¿este perro es vuestro?

—Sí.

—Perfectamente; os doy por él cincuenta guineas. Ya sabéis que es la moda entre los *gentlemen*: tener perros de esta raza y yo he tenido muchos, pero todos ellos odiaban la música y no han aguantado mis solos de flauta ó de trompa y han huido traidoramente; y como debo suponer que con este animal no me sucederá lo mismo, puesto que sois músico, he aquí la razón por la que os ofrezco cincuenta guineas.

—¡Miserable!—exclamé—; ni aunque medierais todo Inglaterra lo vendería.

Huí, sí; huí con mi perro por sitios apartados en dirección á mi casa. Hacía luna; de vez en cuando echaba una mirada inquieta á mi alrededor y en una de ellas creí distinguir con espanto la silueta terrible del inglés; apresuré el paso lleno de ansiedad y llegué á mi triste asilo. Dí de comer al perro y me acosté sin probar bocado.

Dormí, pero con un sueño lleno de terribles pesadillas.

Cuando desperté, mi noble compañero había desaparecido. ¿Cómo? No lo sé. ¿Se había escapado? Lo ignoro. Salí del cuarto, llamé, grité, corrí como un loco por toda la casa, hasta que di con mi cuerpo en tierra.

Recordarás que un día vi al infiel en los Campos Eliseos; pero lo que ignoras es que cuando le llamé y me reconoció huyó de mí como de una bestia salvaje. No dejé por eso de perseguirles, hasta que él y el satánico finete llegaron á un hotel, cuya puerta cochera cerraron con estrépito después de entrar. La golpeé lleno de dolor y rabia, produciendo el ruido de un trueno, y sólo unos fuertes ladridos me contestaron. Rendido, no tuve otro remedio que sentarme, hasta que me sacó de mi abstracción y aniquilamiento una terrible escata, ejecutada en una corneta, cuyos sonidos, saliendo del fondo del hotel, vinieron á herir dolorosamente mis tímpanos, siendo causa de que á la vez se oyeran en el patio dolerosos aullidos. Entonces no pude hacer otra cosa que reír y marché.

Profundamente emocionado mi pobre amigo, calló. Si bien es cierto que no le causaba gran trabajo el expresarse, su exaltación interior le causaba mucha fatiga. No le fué posible permanecer sentado más tiempo y cayó sobre la almohada lanzando un débil gemido. Habo una larga pausa, en la que observé al desgraciado con una emoción de indefinible pena. Sus carrillos tenían ese tinte rojo transparente propio de los físicos. Había cerrado los ojos y parecía dormitar. Esperé con ansiedad el momento de preguntarle en qué podía serle aun útil. Por fin abrió los ojos, llenos de un resplandor sobrenatural.

—¡Pobre amigo!—le dije—; no tengo más que un deseo: el de poderte ser útil. ¿Qué quieres? ¿Qué deseas? Di.

—Impactante estás por conocer mi testamento. ¡Oh, no temas, no te olvido en él! Pero afaso no quieras saber cómo tu desgraciado hermano ha llegado á este extremo. ¿Ves? Quisiera que mi triste historia se conociese aunque no fuera más que por una sola persona y tú eres el único á quien yo pueda interesar algo. No temas, no me canso; ya ves que hablo y respiro con facilidad, y además, no creas que es mucho lo que me queda por decirte. Quizas te figuras que aquí acaba mi historia, cuando, en realidad, aquí es donde empieza la parte íntima puesto que estaba convencido de que iba á morir. ¡Ah, no sabes lo que me alegraba esta convicción, aunque, en realidad, me era libre para vivir ó morir! Sin embargo, desde aquella horrible escala del inglés sentí asco de

la vida y deseo irresistible de morir. Algo había estallado en mi pecho, dejando en él una resonancia inacabable, y cuando ese sonido hubo terminado sentí tal bienestar y tal satisfacción que me dije: He aquí la muerte. Insensible á todo lo que me rodeaba y no sabiendo dónde me llevaban mis piernas débiles y temblorosas, llegué un día á Montmartre, saludé al Monte de los Mártires y decidí acabar allí mis días, porque yo también soy un mártir, aunque mi fe sólo haya sido combatida por el hambre. Aquí encontré este asilo y sólo pedí que me dieran esta cama y me trajeran mis patiturras para morir con Dios y con la música. Tú me cerrarás los ojos y con los pocos francos que me quedan pagarás mi modesta tumba. ¿Qué más puedo desear?

Dejó entonces estallar los sentimientos que me ahogaban y le dije:

—¡Cómo! ¿Es posible que sólo para eso hayas invocado mi nombre! ¿No puedo acaso serle útil en otra cosa? Habla; te lo suplico.

—¡Oh! No te enfades, no; cálmate, si no quieres que crea que sigues siendo mi eterno contradictor y mi implacable enemigo. Cuando conocí la verdad de tus razonamientos perdí la cabeza y fui un irresponsable; perdóname la única falta de mi vida; vamos, perdón; dame la mano.

No pude contenerme; le dí la mano y rompí á llorar. Sin embargo, tuve que hacer un esfuerzo al convencerme de que mi pobre amigo se moría por momentos. Ya no podía levantarse y el color de sus mejillas alternaba con una palidez mate.

—Ocupémonos—me dijo—de algunos detalles de mis últimas voluntades. Quiero, por de pronto, que mis deudas se paguen; primeramente, á estas pobres gentes, que me han recogido y cuidado con todo esmero, y luego á otros cuya lista está en este papel. Para el pago te hago cesión de todos mis bienes: mis composiciones y mi diario, donde están mis apuntes musicales y mis caprichos. Ya sabrás arreglártelas lo mejor posible para sacar de ello lo que puedas y pagar con su producto mis deudas terrenales. Además, quiero que no maltrates á mi perro si alguna vez tropiezas con él, porque bien castigado me lo dejó la corneta del inglés. Déjale, ya tiene su merecido por su egoísmo y su

ni versos que entusiasmen y que conmuevan, sino... *berzas* y *cantos* con que apedrean los neos al buen gusto y á las orejas. Pero son divertidos y hasta se prestan á que se les parodie de esta manera:

¡Viva la farsa carlo-frailera!
¡Vivan los clericales que nos alegran!

FRAY GERUNDIO.



Para aprovechaditos los ediles lerroxistas. No dejan desperdicio.

Han llegado hasta el punto—según denuncia de un concejal regionalista—de utilizar las valiosas plantas del Parque para adorno de establecimientos de sus deudos.

De esto á llevarse el mobiliario del Municipio para que luzcan los domicilios de sus parientes, no hay más que un paso. Y el día menos pensado nos enteraremos de ello.

¡Caramba con los ediles de la *colla de la ganal*! Se explica que tengan hambre; pero que tengan tal *bar*! al...

Ha causado extrañeza á las gentes el tono despectivo empleado por el presidente del Gobierno republicano de Portugal, al contestar al telegrama de felicitación que le envió don Alejandro Lerrox. Pero á nosotros no nos ha extrañado.

Después del tituló del artículo de *El Progreso* "Los Lerrox de Portugal," encontramos justificado todo acto de hostilidad de los portugueses contra los escritores del órgano de la *colla* y hasta contra el caudillo en persona.

Todas las comparaciones son odiosas, pero ésta es de delictuosísima.

Que se crean ofendidos los señores del Gobierno de Portugal, con el tituló ya citado, de *El Progreso*, es cosa que se comprende, pues el que más y el que menos, de los que aquí en Barcelona al caudillo conocemos, con esa comparación nos crearíamos molestos.

En Jerez se ha celebrado una procesión del Rosario que ha acabado como el *idem* de la Aurora.

Los causantes de la jarana fueron los clericales que trataban de convertir un acto religioso en manifestación antiliberal.

Hubo estacazos á granel, saliendo descalabrados algunos sacristanes que vociferaban como condenados.

¿Pero cuándo querrán convencerse los clericales de que son los menos y los peores?

Para esa gente fanática no hay discusión ni razones, y á ella hay que imponerse ¡por ¡antales!

Leo y copio:

"Comunican de Nueva York que el célebre empresario teatral Ziegfeld ha contratado á la hermosa actriz Gabriela Deslys, para actuar en uno de los principales coliseos de Nueva York. La favorita del ex rey Manuel percibirá 5,000 francos semanales.

Actualmente actúa en el Daly-Theatre de Londres una joven actriz que también fué amiga del rey destronado. Un empresario rival de Ziegfeld la ha contratado para que compita en Nueva York con la Deslys."

Está visto que los reyes hasta después de destronados son útiles .. á sus queridas.

Ahi es nada, la sumita que ganarán semanalmente esas dos cocotas, sin más mérito que el de haber disfrutado de las caricias de su ex majestad portuguesa.

¡Cuántos monárquicos envidiarán una suerte así!

Iglesias Ambrosio, ha denunciado al Congreso las obras de fortificación hechas por los jesuitas en su convento de la calle de Caspe.

Lo que se ha callado el terrible revolucionario, es que esas obras se han llevado á cabo con la ausencia de la mayoría lerroxista.

Si creían peligrosas las obras ¿por qué las autorizaban?

¡Pobre Emiliano, qué *planchas* haces!

Como se halla acostumbrado

á *infundia* en *El Progreso*,

la fuerza de la costumbre

le *revienta* en el Congreso.



Rompecabezas con premio de libros



Esta beldad ha dado cita á su novio en el jardín, al que se dirige en la confianza de que estarán allí completamente solos. Pero la muy cándida no cuenta con que, enterados de sus planes, se hallan en acecho sus padres, dos hermanas y un hermano.

¿Donde se hallan estos y donde se encuentra el novio?

TERCIO SILÁBICO

de *Toraya*.

0	0	0	0	0	0
0	0	0	0	0	0
0	0	0	0	0	0

Sustitúyanse los ceros por sílabas de manera que leídas vertical y horizontalmente expresen: 1.^a, juego; 2.^a, elemento oficial; 3.^a, negación y parte del día.

CHARADAS

de Trini Sanjuán.

Al solucionador de rompecabezas Jaime Basas.

Prima dos tres cualidad
que es sumamente hermosa;
segunda tercia una flor
entre las flores preciosa;
la *cuarta quinta* en el hombre
lo propio que en la mujer
y es el *todo* un adverbio;
¿sabrás lo que puede ser?

de Jaime Basas.

Hace días a la *todo*
relaciones le pedí
y por prueba de cariño
un *prima dos* le ofrecí.
La *todo*, que es muy *dos tercia*,
indignada, no aceptó,
tirándome por la cara
el regalo que le di.

CHARADA RAPIDÍSIMA

de Luis Puig.

1.^a y 2.^a parte de la persona y 3.^a y 4.^a animal.
Total pueblo de Murcia.

TARJETA

de Baltasar Gispert.

Adela Hisas Blades

Con estas letras, debidamente combinadas, fórme.
se el título de una zarzuela.

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebrado-
ros de cabeza del 1.º de Octubre)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Terciando el dibujo vese a uno de los chicos entre
la espalda y el sombrero del campesino; junto a las
casitas del fondo aparece una de las muchachas.
Otra puede verse en el campanario de la iglesia;
cerca de ésta, entre los árboles, aparece un chico, y
en el segundo árbol de la izquierda se halla la ma-

dre. Si se invierte el grabado vese en la arboleda
que hay detrás del labriego a otro de los muchachos,
y al restante se le puede ver junto a una de
las piedras que se halla en el centro del dibujo.

AL ACRÓSTICO

Lucía.

A LA CHARADA RÁPIDA
Comadreja.

A LA MUDANZA

Roma — Mora. — Ramo. — Amor.

AL ROMBO NUMERICO

Mariano.

AL JEROGLIFICO COMPRIMIDO

Ciudad Real.

A LA CHARADA

Comedia.

AL ACERTIJO

Hero y Leandro.

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con
premio de libros: Salud Bonmati, Enrique Vilaplana
Cau, Jaime Tolrá, Luis Puig, J. M. Kuroki, José Tor,
Jaime Codina, Juan Deu (Sabadell), Antonio Manzano,
Ángel Monmanen, Lolita de Gassó, Antonio Antolin,
Jaime Sala, Vicente Soriano, Antonio Monsó, Francisco
de A. Bataller, F. Hernández de Barros, E. Hernández
de Barros, R. J. Gallissá, B. Gispert y Luis Butchosa.

Al acróstico: María Bielsa, Jaime Tolrá, Proyecto
Soler, Juan Sarroca, Juan Deu, Pedro Escapa (Sabadell),
Nick Cartró, Antonio Manzano, Luis Puig, B. Gispert y
Miguel Antonet.

A la charada rápida: María Bielsa, Juan Deu, Pedro
Escapa, Nick Cartró, Luis Puig, F. Hernández de Barros,
E. Hernández de Barros y Proyecto Soler.

A la mudanza: Trini Sanjuán, F. Hernández de Barros,
E. Hernández de Barros, Nick Cartró, Antonio Manza-
no, Luis Puig, Antonio Monsó, Proyecto Soler, Miguel
Antonet y Juan Sarroca.

Al rombo numérico: Trini Sanjuán, María Bielsa, Jaime
Tolrá, Juan Deu, Pedro Escapa, Nick Cartró, Antonio
Manzano, Luis Puig, Vicente Soriano, F. Hernández de
Barros, E. Hernández de Barros, Proyecto Soler y Mi-
guel Antonet.

Al jeroglífico comprimido: Jaime Tolrá, B. Gispert,
Proyecto Soler, Nick Cartró, Antonio Manzano, Luis
Puig, F. Hernández de Barros, E. Hernández de Barros
y Juan Sarroca.

A la charada: Trini Sanjuán, Jaime Tolrá, B. Gispert,
Proyecto Soler, F. Hernández de Barros, E. Hernández
de Barros, Juan Deu, Pedro Escapa, Nick Cartró, Anto-
nio Manzano, Juan Sarroca y Miguel Antonet.

ANUNCIOS

¡¡Tuberculosos!!
¡Anémicos!
¡Neurasténicos!

NO DESESPERÉIS

hasta haber probado nuestro
tratamiento especial

Curaréis si nos consultáis a tiempo

==O==

CLÍNICA del Dr. CROUS

CARMEN, 56, pral.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Granulada Etorvocoato de Bishop, originalmente inventado por Alrxes Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto tan bueno. Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de Alrxes Bishop, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA DE BISHOP



ROB DEPURATIVO XARRIÉ

40 años de ÉXITO VERDAD

Cura radicalmente y sin molestar ni debilitar a enfermo todas las enfermedades **HERPÉTICAS** (tanto internas como externas), irritaciones de garganta, riñones, escrófula, forunculosis, etc.

Si queréis conservar la Salud y la Belleza tomad el Rob Xarrié

DE VENTA en todas las principales farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. **AMARGÓS**, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

~~~~~ POR ~~~~~  
FRAY GERUNDIO

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco *Blanco y Negro*, Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado á provincias.

POLVOS "Casadesús"  
ESTOMACALES

PREPARADOS POR EL  
D. MODESTO CUDKART

CURACION-RADICAL  
DE LAS ENFERMEDADES  
DEL ESTÓMAGO

PRECIO 150 Ptas.

ARCO DEL TEATRO BARCELONA



Uno reza, otro blasfema, — el resultado es igual; — la solución del problema — para ellos será fatal.